



EL MUSEO UNIVERSAL.



NUM. 44. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID : por números sueltos á 2 rs. ; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 1.º DE NOVIEMBRE DE 1868. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO.—AÑO XII. un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



s árdua tarea, en verdad, la de reunir en un punto las múltiples impresiones que los variados asuntos de interés para el lector engendran en nosotros, dividiendo necesariamente la atención, y trayéndonos y llevándonos mercenarios de la fantasía, que en estos críticos momentos bien puede considerarse como el poder absoluto de la vida.

Cuando, al tender la vista sobre esta España, resucitada ya en medio de la sociedad moderna, hallamos por todas partes reuniones y asociaciones que si, discutiendo principios se mueven en el campo fecundo de las ideas, tienen á la par extraordinario valor práctico, contribuyendo á formar la opinion pública, que recoge hasta los últimos átomos de la última conversación y los funde lentamente en su maravilloso laboratorio, y á crear las costumbres de ordenada expansión y sensatez política propia de los pueblos libres, no podemos menos de sentir el inmenso júbilo de quien está firmemente persuadido de que se abre una nueva era para el desarrollo de nuestra cultura social, intelectual, moral y económica. Un ejemplo de esta magnífica actividad, nos ha dado el último meeting celebrado en la Bolsa para discutir la decretada supresion de la contribucion de consumos y las ventajas al propio tiempo del nuevo impuesto personal con que ha sido sustituido; discusion notable que varios distinguidos oradores y entre ellos el señor Moret

y Prendergast, héroe acostumbrado de estas fiestas de la inteligencia, levantaron á la altura que era de esperar de tan ilustrados economistas, sosteniendo elocuentemente el impuesto único, directo y personal de que ofrece un ensayo la reforma del señor Figuerola, á la cual han seguido otras disposiciones importantes sobre el arreglo de las clases pasivas, y la operacion financiera de 2,000 millones anunciada, y que va precedida de una leal esposicion del triste estado en que la última dinastia ha dejado la hacienda.

Coadyuvando á este poderoso movimiento de la iniciativa individual y social, y reflejo al propio tiempo del espíritu del país, el gobierno provisional ha publicado su manifiesto en el que de una manera terminante se asientan y confirman los principios revolucionarios antes proclamados por las Juntas, añadiendo de su propia cosecha la grave é importante declaracion de que la Monarquía es, á sus ojos y salvo el voto supremo del Parlamento nacional, la forma destinada á prevalecer. Somos de igual opinion; pero hubiera ganado mucho el gobierno, á nuestro parecer, en imitar el patriótico y prudente silencio que en este punto han guardado las Juntas, de quienes procura ser fiel expresion el Manifiesto. En cambio ni la seguridad personal ni la supresion de la pena de muerte han merecido al Consejo de ministros la mas ligera alusion, á pesar de su importancia.

En armonía con los principios que han servido de bandera á nuestra Revolucion, el señor Ayala ha dirigido á las autoridades superiores de las provincias ultramarinas una circular en que se devuelve á las Antillas la personalidad política, que un miedo siempre funesto á los mismos intereses que lo evocan, les habia arrebatado injustamente. Vendrán pues, á las futuras Córtes, diputados de aquellas comarcas á ilustrar con sus conocimientos y esperiencia muy especialmente las graves cuestiones que afectan al porvenir de sus Islas. De notar es que el ministro de Ultramar omite en absoluto hacer mencion de las Filipinas, harto mas desatendidas y desgraciadas; pero no por esto, sin duda, menos dignas de que se repare hoy esa desatencion y se ponga remedio á los males de la deplorable organizacion social que allí hemos fomentado. Hagamos notar la pacificacion de la insurreccion de dos mil esclavos en Puerto-Rico; pero tengamos en cuenta que la paz duradera y real solo

puede nacer de nuestra nueva actitud con lo que antes se llamaban inicualemente *posesiones ultramarinas*.

Con placer vemos que no hay número de EL MUSEO en que no tengamos que llamar el interés de nuestros lectores hácia nuevas reformas en el ramo de Instruccion pública. La reorganizacion de la segunda enseñanza últimamente llevada á cabo por el señor Ruiz Zorrilla y el señor Madrazo, deja atrás á la mayor parte de las naciones. Al lado de la antigua enseñanza, puramente clásica y literaria, con tres años de latin (no muy sabido, sin embargo, por nuestros escolares de hoy dia), se establece un plan de estudios enteramente distinto y cuya aspiracion fundamental es, no formar eruditos y retóricos, sino *hombres*, sentando en el espíritu de los jóvenes las bases de la cultura general que hoy debe reunir todo miembro de una sociedad civilizada. Al latin, que se suprime, (asegurándose que pasa á formar parte de la facultad de Letras con el griego y otras lenguas sábias), sustituye un conocimiento mas detenido y científico de los principios, condiciones y elementos de la lengua castellana; y la retórica y poética (cuya desaparicion ha sido saludada con no menor júbilo) se cambia por un curso de principios de literatura, con un resumen histórico de la española. Ampliáanse la física y la química; la historia natural entra en la cosmología, como la psicología en la antropología, y la biología con la ética; la historia de España se refunde con la universal, que forma dos asignaturas, y al lado de la geografía y las matemáticas, que subsisten como antes, se establecen las nuevas enseñanzas de principios de derecho, legislacion española, elementos de filosofía é historia del arte, y de agricultura, industria y comercio. Esperemos que la facultad de optar entre la enseñanza antigua y la nueva, concedida á los particulares y á las corporaciones populares y privadas, acabará con aquella, que el ministro de Fomento no se ha resuelto á suprimir de una vez. A este fin contribuirá poderosamente la última circular que el jefe de la Instruccion pública ha dirigido sobre este asunto á las autoridades provinciales. Notemos de paso que la descentralizacion tiene harto mas que agradecer al señor Ruiz Zorrilla que á las leyes puramente doctrinarias (con perdon sea dicho del señor Sagasta) que hicieron las Córtes del bienio y ha desenterrado el ministro de la Gobernacion.

De la bienhechora influencia que la libertad de imprenta (mucho mas favorecida por el señor Sagasta en su excelente decreto que la del municipio y la provincia) ejerce sobre la ilustracion y educacion de los pueblos, dan testimonio el extraordinario número de periódicos, folletos y libros que á cada momento arrojan las prensas á la creciente ansiedad de un público que en breve ha de desmentir cuantas censuras se han hecho contra su pereza intelectual. Ciñéndonos á los periódicos políticos, es indudable que el nivel de su ilustracion ha subido mucho; y artículos sustanciales de doctrina, á la vez que prácticos y políticos, ocupan en sus columnas el lugar en otro tiempo sólo abierto á la frivolidad y á las personalidades. Entre los escritos y documentos mas notables que han aparecido en sus hojas, merece especial mencion una carta de Víctor Hugo, en que el célebre poeta traza un cuadro de lo que seria España bajo la república, bastante semejante á las populares tradiciones de la misteriosa Jauja. Créanos el ilustre autor de las *Orientales*: la produccion sin tarifa, el consumo sin aduanas, la libertad del pensamiento, la supresion de la pena de muerte, la union de España y Portugal y tantas otras grandes y fecundas ideas, que elocuentemente proclama, se consumarán bajo una ú otra forma de gobierno, y el ejemplo de Inglaterra y Portugal, de Bélgica y Holanda bastarian para mostrar que no son bienes exclusivos de la república, liberal en Suiza y los Estados-Unidos, tiránica y centralizadora en Francia, aristocrática en Venecia, anárquica y militar en la América española. Diga lo que quiera el respetable ciudadano Orense, una monarquía que nos diera todo lo que Víctor Hugo pide, seria ciertamente preferible á una república despótica del género de las mencionadas.

La base para que las instituciones democráticas y liberales arraiguen en un pueblo está (no nos cansemos de decirlo) en la educacion de todas sus clases sociales. Por esto merece el aplauso de todos los hombres que se interesan de corazon por nuestro porvenir, esfuerzos tan perseverantes y generosos como los del *Fomento de las Artes*, que ha reanudado sus patrióticas tareas en la noche del jueves con elocuentes y aplaudidos discursos del Rector de la Universidad, el Director de Instrucción pública y los señores Alonso y Marquez. Pronto será secundada esta inteligente sociedad por otras muchas de artesanos, que se anuncian con iguales propósitos.

Trabajen en esta obra todos los verdaderos democratas, convenciéndose de que sólo un pueblo ilustrado y culto, libre del yugo de la servidumbre intelectual, puede evitar el de la servidumbre política, tan duro é inevitable de otra suerte, lo mismo en las repúblicas que en las monarquías. A tan noble empresa cooperarán sin duda todos los elocuentes oradores de ese partido, entre los cuales debe esperarse mucho en esta esfera del señor Castelar, con tanta benevolencia recibido en Madrid, de vuelta de la emigracion en que se hallaba.

Hoy abre la Universidad sus puertas, comenzando el curso académico, en medio del unánime aplauso con que profesores y alumnos han acogido las nuevas reformas. Los segundos, reunidos el jueves último en un *meeting* verdaderamente admirable, han mostrado su entusiasta adhesion á la obra del señor Ruiz Zorrilla, esperando se complete y pidiendo la completa libertad religiosa. Los oradores todos, y en particular los señores Calvo Asensio, Echeagaray y Linares, pusieron la cuestion á extraordinaria altura y mostraron la ilustracion de nuestra juventud.

Ahí está el porvenir.

F. GINER.

VIAJEROS INGLESES.

(CONTINUACION.)

Lady Herbert, no obstante, acepta muy agradecida la invencion del ferro-carril, aunque hijo legitimo de padre tan sospechoso. La galera del cosario, el carro de violin y hasta la celebrada calesa con toda su pureza de linaje semi-oriental, le parecen excelentes en las novelas de su amiga y en la guia de Mr. Ford. Aun la diligencia, que pertenece ya al siglo de las *escuelas sin religion y colegios sin fe*, le pareció detestable, y un pequeño trayecto que recorrió en esta clase de vehículos, desde Madrid á Andalucia, la puso en estado de renegar del sol meridional que iba buscando. No por eso se crea que está bien con los ferro-carriles españoles y menos con sus estaciones. Dejaría de ser inglesa, si tal hiciese. De Burgos á Madrid tuvo que bajarse del tren y andar un corto trecho, porque una roca... ¡oh caso horrendo! habia tenido la ocurrencia de desprenderse y obstruir la via. «Al principio, dice, yo y mi comitiva nos sorprendimos y alarmamos; mas un poco de experiencia en viajar por España, nos enseñó á esperar tales accidentes *media docena de veces en una jornada*.»

Verdaderamente entró con mal pie en esta parte nuestra viajera y fue un capricho de mal gusto en las

señoras rocas, esperar á desprenderse, cuando ella viajaba. Sin embargo, aquí se ve patente el dedo de la Providencia, que en esa regularidad de seis terremotos por dia, empujaba las rocas momentos antes de su paso, sin recibir otro daño que el de tener que apearse del coche. De sospechar es que sobre esta intervencion divina se hablaria largamente entre esta señora y Fernan Caballero, pues, sin ser fanático ni supersticioso, pensará el lector que, nuestra autora, á razon de seis accidentes por jornada, salió de España viva por puro milagro.

Pero hablemos seriamente, si tal estilo puede adoptarse al responder á las sandeces que se han escrito allende el canal. Concedamos en buen hora que los trenes en España son *carretas de lujo, ó galeras aceleradas*. Ciertamente la velocidad con que caminan no es comparable con la usual en Inglaterra y en los Estados-Unidos. Pero fuera de esto, ¿en qué sobrepujan los ferro-carriles ingleses á los españoles, en cuanto á comodidad de los pasajeros? Solamente la vanidad británica puede atreverse á hablar sobre un punto en que le valiera mas guardar silencio. Lástima que lady Herbert y su comitiva sucumbiesen á la fatiga de bajar de un tren y andar un corto espacio, acostumbrada á la seguridad con que se camina en Inglaterra, donde si no hay cada semana un siniestro en que salen los pasajeros contusos, se remedia esta falta con choques y descarrilamientos que producen numerosas víctimas. Y gracias, que los accidentes sobre la línea se compensan con la seguridad del viajero dentro de los coches, donde suele venir un Müller, que bonitamente le descalabre, le robe y le arroje por la ventanilla; ó bien una partida de caballeros de industria que con guante blanco le haga trasegar á sus bolsillos el dinero que lleva en el suyo, ó finalmente, que malandrines ofendan el pudor y honestidad de las damas, si ya no es que estas le levantan una calunnia y acaban en los tribunales con su reputacion y hacienda. De algunos años á esta parte, se extendió tanto este indigno tráfico de las mujeres al parecer decentes, que el viajar en ferro-carril hacia temblar á los hombres honrados. Nada mas comun que ver en las estaciones á los ingleses examinando los coches y huyendo de aquel en que veian á una señora, como si vieses á una serpiente de cascabel. Los que por ventura se instalan en su asiento y ven entrar, por ejemplo, á una madre con su hija, le abandonan incontinenti como si huyesen de animales ponzoñosos. Dos años ha, una jóven que en compañía de su madre hizo un corto viaje en un coche donde iba un anciano sacerdote, ocupado en leer su Biblia, le acusó públicamente ante un magistrado, de que se habia tomado libertades con ella. El sacerdote fue preso; pero hé aquí que apenas divulgada por la prensa periódica la relacion hecha por la doncella ante el tribunal, aparecen hasta media docena de testigos, que aseguran que de igual ardid y de iguales palabras se habia valido ya en varias ocasiones con el fin laudable de sacar de este modo interés á su honestidad. Por de contado que hubo multitud de personas respetables que respondieron de la conducta y virtudes del sacerdote, y salió libre; mas no siempre se logra tan buen escape, y de ahí el miedo cervical que el sexo feo tiene de viajar á solas con una hija de Eva. La verdad de estos hechos, por increíbles que parezcan, la acredita la prensa periódica de Londres, que en ciertas épocas ha publicado artículos furibundos, llegando hasta á decir, que viajar en ferro-carril en Inglaterra era esponerse al mayor peligro que puede temer en la vida el hombre honrado.

Supongamos por un momento que esto ocurriese en España: ¿hasta dónde no llegaría el grito de los viajeros criticones? ¿qué no se diría de nuestra inmoralidad y de los escollos que el viajar traía en España? Pues si de la seguridad moral y física pasamos á la comodidad de los viajeros, bien se advierte la parcialidad con que escriben, en no confesar, al menos, que en esta parte les llevamos ventaja. Quien quiera que haya viajado por Inglaterra, reconoce que los coches de primera clase de sus ferro-carriles son tan detestables en algunas líneas, que ni aun para segunda clase se admitirian en otras naciones. Sin embargo, los ingleses se encajonan en aquellos estrechos y apocados vehículos, guardan silencio, y se reservan el hablar de *incomodidad*, cuando dan una vuelta por España. Entonces se les ocurre observar las estaciones de segundo y tercer orden, y echar de menos que no hay en ellas un salon como los del *Grand Hotel* ni una provision de manjares como la del *Restaurant Universel* en la última exposicion de París, sino que estaciones y fondas y ventas y posadas están á la altura de la cocina de Don Quijote en todos los viernes del año, que no habia mas que duelos y quebrantos. En esta parte siguen todos á Mr. Ford, que estableció como principio que las posadas españolas estaban todavía, no ya como en los tiempos de *Gil Blas*, ni aun siquiera de *Lazarillo de Tormes*, que eso fuera mucha lisonja; sino como en tiempos de los *romanos*. Muchos de los viajeros posteriores tuvieron la curiosidad de verificar ó comprobar el aserto de su gran doctor sobre las cosas de España. Se internaban por Castilla la Vieja, ó por las sendas de Sierra-Mo-

rena: veian una venta donde nunca entraron mas que pobres arrieros á dormir entre los aparejos de sus mulos: preguntaban al infeliz ventero si tenia *roast-beef*, ó lengua de ternera *sauté*, ó faisán trufado, con la serenidad que si pidieran truchuela ó algun potaje de habas. Naturalmente, el ventero para quien todo esto era griego, respondia con negativas acompañadas de cierto mal talante, ó no bien disimulada risa: visto lo cual, el hijo de Albion se *resignaba* á pedir agua caliente y desembanastar de su saco de viaje el socorrido té, que nunca les abandona, y mientras saboreaba el aroma de su bebida favorita, sacaba su librito de memorias, y escribia: «las fondas y posadas en España están desprovistas de todo: aconsejó á mis compatriotas que lleven siempre municiones de boca en sus maletas.» Asi se comprende la admiracion de un inglés que con dos de sus compatriotas comia años pasados en la abundante y bien servida mesa redonda de la fonda de las *Cuatro Naciones* de Barcelona. Reconocido su estómago á la delicadeza y variedad de manjares con que por la suma de diez y seis reales se habia nutrido, exclamó: «No creia yo que en España se podia comer tan *tolerablemente*.» A lo que un español que estaba frontero y entendió la observacion y el tono de ella, le respondió: «¿En qué fonda de Londres puede usted ofrecerme una comida semejante por doble precio?»—*Well..... aah..... well.....* contestó azas embarazado y confuso el isleño, y entre otros monosílabos é interjecciones dió la llamada por respuesta.

(Se continuará.)

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

LUZ Y SOMBRA.

En otros siglos puede ser pecado severo estudio, y a verdad desnuda y romper el silencio el bien hablado. Pues sepa quien lo niega y quien lo duda que es lengua la verdad de Dios severo, y la lengua de Dios nunca fue muda. QUEVEDO.

El estudio severo y noble de la verdad y la enunciacion de la verdad misma, en el terreno de la naturaleza, y sobre todo, en el mas elevado de la política y de la moral, respondiendo á una necesidad del espíritu humano, constituyen un derecho, que en ocasiones solemnes grita en la conciencia del hombre como el estímulo divino al cumplimiento de un deber sagrado.

Los dos tercetos que hemos puesto al frente de nuestro artículo, debidos al inmortal poeta-filósofo del siglo XVII, envuelven una contradiccion que de todo nacería menos de la conciencia de aquel escritor profundo, de rectitud y valor á prueba de persecuciones y prolongados encierros.

Si la verdad es lengua de Dios, ¿en qué pueblos ni en qué siglos puede ser pecado el rompimiento del silencio por la lengua severa y pura de la verdad?

Quevedo se dirigia en són de sátira, mas profunda y amarga que viva y punzante, á don Gaspar de Guzman, á aquel conde-duque que habia tenido la fatal ocasion de educar al hijo del rey *Devoto*, halagando y dirigiendo con habilidad diabólica su natural inclinacion á la vida alegre y aventurera, para llegar él en su privanza al mas repugnante absolutismo, basado en el ceno de la abdicacion moral del monarca. Los que podian, los que debian hablar, habianse dormido arrullados por la voz de sirena de las fiestas alegres, dispendiosas y constantes que presidia el rey Felipe, á quien dió el título de *Grande* una corte empuñada y rebajada por el ocio, el afeminamiento y la adulacion.

La voz severa del poeta fue mejor oida lejos de los cortesanos, por aquellos «á quienes mareaba la gran cantidad de arbitrios que corrian impresos, ayudándoles á vomitar, que era su mejor comer,» segun dice el intencionado autor de *Tira la Piedra*, cuyos acentos iban á ahogarse en los decretos vengativos del que sabia rodear de sombras los actos de su funestísima privanza.

Pero de las sombras brota la luz. En el silencio impuesto pudo oirse la lengua, nunca muda, de Dios, traducida en hechos, como la pérdida de Portugal, el alzamiento de Cataluña, el descontento general dentro de España, y fuera el decaimiento de su grandeza y poderio.

El poeta hablaba en tiempo de absolutismo y de inquisicion, en que «se justificaba de memoria y á oscuras, sin ejemplo y con escándalo.» ¿Qué otros tiempos esperaria aquel varon ilustre, en que pudiera ser pecado romper el silencio, estudiando severa y rectamente la verdad? Ya lo hemos dicho. Aquellas palabras no sentidas, dichas inconscientemente, contradicen la espresion magnífica del poeta de un sentimiento piadoso y eterno, como escrito por el mismo Dios en la conciencia de la humanidad.

El *Fiat-lux*, no es la espresion de la voluntad divina reducida á la iluminacion del mundo de la materia. Cuando Dios quiere, quiere el bien y lo quiere de un

modo absoluto, y la iluminacion no podia menos de alcanzar al mundo moral.

La luz fue hecha. La verdad es luz, y la verdad nació de la palabra divina para vivir eternamente.

Nada importa que el error, la barbarie, la ignorancia, la malicia, el egoismo, lleven la sombra al mundo moral, intentando oscurecer los siglos y procurando la muerte de los pueblos. Donde quiera que exista una inteligencia superior que la vea, acompañada de un corazón valiente que la sienta, allí brotará la luz de la verdad. Si no basta la mediación humana, hablará Dios mismo. Si su voz, sencilla ó severa, no se escucha, ella se hará oír terrible.

El genio superior, privilegiado de Sócrates, presintió la idea cristiana, iluminado por la verdad, que rebosando en su mismo corazón, iba á derramarse en su palabra, moralizadora del pueblo griego, sumido entonces en una espantosa anarquía. Y combatiendo á los sofistas, aunque confundido con ellos por sus ene-migos y detractores, y hasta ridiculizado por Aristó-migos y detractores, no se arredró ante las terribles sombras que amenazaban la luz de su fe sincera, radical, revolucionaria de las creencias religiosas tradicionales de sus conciudadanos.

Milito, hijo de Milito, fue el instrumento oficial de los acusadores de Sócrates, y el Areópago decretó la muerte del sabio, que, platicando serenamente con sus escasos discípulos; sonriendo mientras ellos lloraban; pensando en una vida inmortal toda luz, y en un Dios justo y bueno, todo verdad y en nada parecido á los dioses del paganismo, apuró la copa de la cicuta, de cuyos bordes irradiaba el esplendor de una idea y se desprendía la semilla de un sentimiento á que se había sacrificado el mártir, cuya muerte se lloró pronto como un crimen por toda la Grecia.

Mas tarde, cuando se acercaba la hora solemne, los sombríos decretos de César, los sanguinarios instrumentos del feroz Herodes, los bárbaros esfuerzos del fanatismo, en vano quisieron oscurecer el brillo de la verdad, enunciada pura y claramente por el mismo Dios, y presentada severa, augusta y magnífica en el cuadro terrible del Gólgota, donde, de las tinieblas que envolvían al pueblo deicida, brotaba el rayo eterno de luz, germen de vida de imperios y repúblicas.

Aquella era la contestación mas elocuente y sublime al *quid est veritas* de Pilatos.

Después, de las oscuras mazmorras en que los crueles emperadores, esclavos del error, sepultaban á los hijos de Cristo, seguía brotando aquella luz divina que llegaba á inundar el espíritu de los mismos verdugos, multiplicándose por momentos el número de los mártires del cristianismo, de los mártires de la libertad. Cada herida abierta en los cuerpos de aquellos valientes propagadores de la verdad y de la fe, era una boca santa por donde hablaba la lengua nunca muda de Dios.

La realización del *fiat lux* en la ciencia profana, campo abierto por el mismo creador, para que el hombre eleve hasta él su inteligencia con su cultivo y progresivo desarrollo, había de sufrir también las persecuciones y la guerra tenaz de las sombras de la ignorancia y el fanatismo, para que el triunfo de la verdad fuera mas glorioso. Llenas están las páginas de la historia de los victoriosos esfuerzos de los mártires de la verdad científica.

Ved el espíritu de Galileo flotando sobre el mundo astronómico; glorificador, por el martirio, del sistema de Copérnico, evidenciado mas tarde por Newton. Aquel *e pur si muove*, pronunciado entre las tinieblas de la ignorancia fanática de sus enemigos y verdugos, es la luz de la fe del alma libre, que ilumina el espectáculo magnífico de las revoluciones celestes.

Ved el espíritu de Colón, gigante avasallador del mundo físico; errante de corte en corte, fatigado alguna vez, jamás vencido por sus detractores ni por el fanatismo de los mismos sabios. Aquella palabra serena del genio, oída con respeto y hasta con fe en un monasterio apartado y silencioso, es la hija de la inspiración divina, la lengua de Dios, traducida, después de tanta lucha con los hombres y con los elementos, por aquel grito de triunfo del inmortal marino, inun-dado, rejuvenecido al fin, por los aromas y la luz de la tierra virgen de occidente.

En la vida política de los pueblos, ha sido quizá siempre mas terrible la lucha de la luz y la sombra. La verdad no ha tenido que luchar sólo con el error, la barbarie, el fanatismo y la ignorancia. El egoismo ha tomado armas contra ella, y ha hecho derramar mucha sangre donde quiera que una inteligencia superior ó un corazón valiente han alzado la voz severa proclamando el interés general y rebelándose contra intereses egoístas, satisfechos á la sombra de un fanatismo que odia la luz, como si todo lo que se ejecutase á sus espaldas fuesen crímenes. Abrid á la ventura la historia del mundo. Donde quiera hallareis ejemplos de esas horribles luchas, en que el triunfo de la justicia y de la verdad es mas lento, porque parece como que se multiplican las cabezas del enemigo formidable.

Aun en aquellos tiempos en que la luz del cristianismo no había esclarecido y levantado todavía el espíritu de la dignidad humana, hallareis á esta revol-

viéndose al fin terrible y potente contra la fuerza de la ambición y el egoismo criminal entronizados entre sombras con el despotismo y la tiranía. ¡Ah! fue preciso el sacrificio heroico y cruento de la casta Lucrecia, atropellada torpemente por el hijo de Tarquino el Soberbio, para que Roma redujese á polvo el trono de sus déspotas. Fue preciso después, que en el corazón de la infortunada y virtuosa Virginia, abriese públicamente una boca el puñal de su honrado padre, para que por aquella boca, palpitante de horror, llegase á los romanos toda la verdad del vergonzoso egoismo de Apio Claudio y de la fatal influencia tiránica de los décenviros. Pero el decenvirato cayó y, aunque con el sello de la sangre inocente, el pueblo recobró sus franquicias y sus derechos sagrados.

El triunfo de la verdad suele ser lento y costoso, pero evidente siempre y legítimo. En vano los gobiernos de las naciones se envolverán en la oscuridad y el silencio. La luz brotará quizá de la misma sombra; la voz se oirá tal vez en el silencio mismo.

Vengamos á nuestros días. Contemplemos hoy la actitud mal disimulada de la política europea. Donde quiera soberbios alardes de fuerza y aprestos guerreros, con protestas hipócritas de paz. Es inútil, políticos engañosos y engañados, que os rodeéis de sombras misteriosas. Ellas os denuncian; vuestros pueblos, asistidos de una intuición superior á vuestro genio, os ven y os presienten. Quereis sustituir la fuerza moral con la fuerza bruta, sin pensar que *esto matará aquello*, aun alcanzando la victoria. ¡Maldita política, la que pretende establecer el equilibrio en el mundo civilizado, arrojando sobre la balanza *la espada de Brenno*, rechazada por la justicia y execrada por el progreso y la civilización!

¡Oh! sí; es inútil que dirijais palabras dulces al pueblo que trabaja por conquistar la fuerza moral, que es, que debe ser la verdadera fuerza de los Estados. El pueblo se lamenta y se estremece al veros arrebatarle sus hijos, embargando los brazos, activos agentes de su riqueza. El arte, el comercio, la industria creadora, plegan con espanto sus alas vivificantes, al veros abrir concursos para premiar el mayor perfeccionamiento de las armas de destrucción y de muerte.

Es inútil la reserva oficial; vanas son las tranquilizadoras palabras. Si los pueblos no viesen otra luz entre las sombras que los rodean, bastaría esa luz fatídica y elocuente que descubre con tristes fulgores el abandono y la miseria del hogar. Las bocas abiertas por el hambre, son las que denuncian siempre los amagos de la guerra. Estremeceos ante la lengua seca y desgarradora que viene en ocasiones solemnes á deciros, á gritaros la verdad desnuda.

Aprended de paso, gobiernos, á revestir de luz todos vuestros actos, todos vuestros pensamientos al arreglar y regir la vida interior de las naciones, para que, de ese modo, la sinceridad de vuestra conducta se presente clara y sin obstáculos ante los ojos del pueblo que trabaja y que, cuando no percibe mas que sombras, deja alarmado y receloso sus faenas, para inquirir y juzgar vuestros velados pensamientos y vuestros actos hipócritas y para armarse con su indisputable derecho y su terrible indignación contra las asechanzas del egoismo, la arbitrariedad y la tiranía.

No os olvidéis de esto que, en la esencia, es principio eterno de derecho constitucional: «La luz vivifica; la sombra mata.»

Marzo de 1868.

EDUARDO BUSTILLO.

HIGIENE DEL MATRIMONIO

ó

EL LIBRO DE LOS CASADOS.

CEREMONIAS NUPCIALES.

(Véase el número 43.)

JAVA.

En Java, luego que un padre cree que tal ó cual joven conviene á su hijo para compañera, la pide en matrimonio al padre de ésta. Continúan la negociación las madres, y prontamente se llega al desposorio. El futuro hace á la futura algunos regalos, que de ordinario consisten en un anillo y una pieza de tela, con abundancia de *pinang* (nueces de areca), de donde el verbo *mapienang*, que significa desposarse, contraer esponsales.—La familia y los amigos del novio, hacen visitas á la casa de la futura esposa, y le regalan varias frutas. Esta ceremonia se llama *lamaran*, y su objeto es dar publicidad al matrimonio concertado.

Los isleños de las clases inferiores, regalan á la novia, y á su familia, el dinero y las alhajas que pueden, telas, búfalos, arroz, etc., en significación de que compran á la mujer que han elegido.

El día del casamiento por la mañana, el futuro, con su suegro, va á la mezquita, donde hace sus juramentos segun el rito musulmán. El celebrante le pregunta si ha pagado, ó tiene intención de pagar el precio

convenido; y dada por el novio la contestación afirmativa, le dice: «Yo te uno á tí (Fulano), por los vínculos del matrimonio, con (Fulana), que será tu mujer en este mundo.—Debes cumplir con todos tus compromisos, y serán para tí una deuda perpetua los que no cumplas.—Serás responsable de las acciones de tu esposa.—Si te ausentas de casa por mas de siete meses hallándote en el continente, ó por mas de un año hallándote en la mar, sin dejar á tu mujer los medios necesarios de subsistencia, quedará disuelto tu matrimonio, si lo pide tu esposa, sin otra formalidad, é incurrirás además, en las penas de la ley de Mahoma.»

Esta parte de la ceremonia es la única tomada del culto mahometano; las demás son peculiares del país.—En algunos cantones, es tal la deferencia que se tiene á la nueva esposa, que el marido debe establecerse en el pueblo de su naturaleza, si ella lo exige.

Al salir de la mezquita, los esposos, vestidos de todo lujo, y ataviados con cuantas joyas pueden, recorren ostentosamente el pueblo, acompañados de una música estrepitosa, y de todo el séquito de convidados á caballo. La nueva esposa es conducida en una especie de silla de manos ó litera abierta.—En los casamientos de la aristocracia, precede al cortejo una especie de bufon ó de sátiro, haciendo varios equilibrios y contorsiones.

Llegada la novia á su casa, el padre la conduce á un sitio especial y destinado para ella, y en seguida le presentan arroz, en significación de la vida comun que va á llevar desde aquel momento. A veces los dos esposos toman betel en la misma caja.—En algunos distritos, la recién casada tiene que lavar los pies á su marido; y en otras localidades es costumbre presentar á la casada un tizon encendido que ella apaga con agua.

El día siguiente al de la ceremonia, el marido se lleva á su mujer de la casa del suegro á la suya propia, donde se celebra un gran festin, al cual son convidados los parientes y los amigos de las dos familias.

A veces (dice Mr. Raffles en su *Descripción de Java*) estipulan los padres para sus hijos, niños todavía, casamientos que no se celebran hasta que llega la edad de la pubertad.—La ley y la costumbre autorizan en Java, lo mismo que en todo el Archipiélago indio, el divorcio: así es que hay mujeres de treinta años que se han divorciado ya tres ó cuatro veces.—El divorcio se concede mediante el pago de unos 400 reales para los individuos de las clases inferiores, y de 1,000 para los ricos.

Los varones pueden casarse á los diez y seis años, y las hembras á los trece.—Es muy raro hallar en Java un mozo de veinte años que sea todavía soltero, y mas raro encontrar mujeres solteras.

NUEVA GALES DEL SUR.

En Nueva-Gales del Sur, al revés de lo que sucede en Agalta (Egipto), segun se ha dicho al hablar de este último país, los indígenas se casan siempre con mujeres de otra tribu que la suya; de lo cual puede inferirse que estarán allí vedados los matrimonios inter-consanguíneos.

Algunas veces, los mismos padres prometen espontáneamente su hija á los jóvenes que la aman, anticipándose á sus deseos; y otras veces, cuando reina la paz entre las tribus vecinas, se hacen recíprocas visitas de amistad, y entonces se llevan á las muchachas casaderas los jóvenes que las piden en matrimonio. Ni los parientes, ni los amigos, interponen nunca su veto.

Cuando la pretendida opone alguna resistencia, su futuro marido la vence en seguida por medio de un fuerte golpe de *waddy* (macana, especie de maza) en la cabeza, argumento poderoso al cual se rinde la novia.—Lo mas general es ir á robar mujeres en las tribus enemigas, sin distinción de casadas ó solteras, motivándose por ello horribles asesinatos y sangrientos combates. La víctima es arrancada de su casa por una turba de bandidos que la acometen de improviso, cuando están ausentes sus protectores naturales. Empiezan por aturdira á porrazos por todo el cuerpo, y luego, ensangrentada y llena de cardenales, la conducen arrastrando, al bosque, tirándola allí entre los zarzales y las peñas. Sucede con frecuencia que, durante aquel doloroso trayecto, se le dislocan á la infeliz algunos huesos. Esto no obstante, uno de los raptores se la apropia y hace de ella su esposa. La infortunada no tiene mas remedio que obedecer y seguirle, porque de lo contrario, su resistencia sería vencida por nuevas y mas crueles violencias. Los parientes de la joven, ni por asomo piensan en libertarla ó socorrerla: limitanse á usar de represalias parecidas cuando ocasion se presenta.

El robar, empero, á la mujer de un hombre de su propia tribu, es á sus ojos un crimen enormísimo: así es que el raptor se ve condenado á recibir los disparos de todas las zagayas (venablos ó chuzos) de sus compatriotas, sin permitirle mas amparo ó defensa que un broquel muy endeble. Lo mas comun es que el reo sucumba al peso del castigo; pero tambien es de ley que quede absuelto de hecho, si dentro de cierto pla-

zo, prefijado por la misma ley, no se presenta el marido ultrajado, que es quien debe lanzarle la primera zagaya.

Las mujeres están bajo la mas absoluta dependencia de sus maridos. Yendo de viaje la tribu, si encuentran al paso á algunos europeos, las mujeres se mantienen apartadas á cierta distancia, no acercándose hasta que se les da permiso para ello. La mas insignificante ofen-

sa que haga una mujer á su marido, es frecuentemente castigada con un golpe de *waddy*, que siempre da sangre, y que no pocas veces fractura el cráneo. Y, sin embargo, parece que tan bárbara costumbre acrece, mas bien que amengua, el afecto y la adhesion de las mujeres, pues éstas muestran sus heridas y cicatrices como otros tantos estigmas de honor!

Las mujeres de la Nueva-Gales del Sur, se ponen

con frecuencia á la cabeza de las riñas y pendencias, ó auxilian en ellas á los hombres tomando parte en la lucha. A su aficion á los ejercicios viriles, y á su insistentes colisiones entre los salvajes de aquel pais.— Poren solas, sin auxilio de comadrona, ni de nadie; y no es raro el verlas, pocas horas despues de haber parido, ir y venir, y dedicarse á sus faenas ordina-



EL DIA DE DIFUNTOS. (CAPILLA DE LA CATEDRAL DE LEÓN).

rias, como si tal cosa.—Las madres llevan á la criatura en una cunita formada de una corteza de árbol, hasta que, habiéndose robustecido un poco la cria, la enseñan á mantenerse sentada en los hombros, cruzando las pierrecitas al rededor del cuello, y asiéndose de la cabellera de la madre.

—Basta, con lo dicho hasta aquí, para una revista histórica tal y como la permiten la índole y el volumen de nuestro libro. Basta para dejar evidenciado que es extraordinaria la solemnidad de las ceremonias nupciales en todos los pueblos de la tierra; y que tal solemnidad atestigua el universal respeto que siempre ha merecido la institucion del matrimonio. Si algunas de las ceremonias descritas son raras, singulares, y hasta bárbaras, no lo estrañe el lector, y note

que todas ellas se refieren á naciones que tienen la desgracia de no estar alumbradas por el sol de la civilizacion cristiana.

PEDRO F. MONLAU.

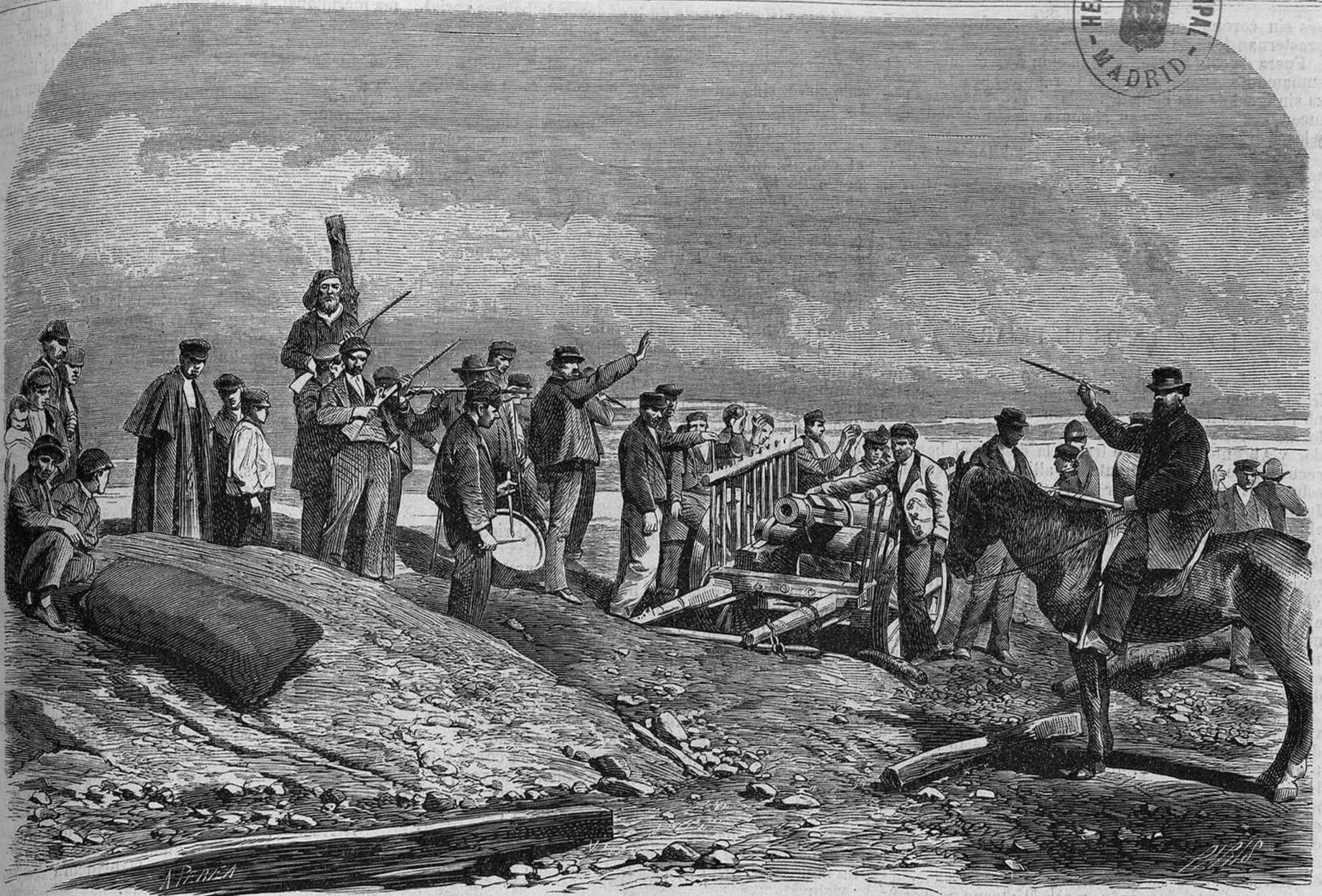
EL DIA DE DIFUNTOS.

Hé aquí un dia solemne, lleno de terrores y de esperanzas, de amarguras y consuelos. El espiritu mas frívolo, no puede menos de sentirse conmovido por algunas horas, y de participar de la disposicion general de los ánimos. El drama entero de la vida se ofrece á sus ojos, reproducido por la fantasia en sus líneas y

cuadros principales: el mal hecho, el bien impedido, junto con nuestras buenas obras, tiempos, sucesos, personas, todo se nos representa vivamente en esos críticos momentos, y nuestra conciencia da sobre todo ello su fallo, al cual entonces juramos una fidelidad á poco quebrantada.

Todas las religiones han consagrado este recuerdo de los muertos, uno de las mas consoladores para los vivos, que en él resucitan en su imaginacion la sociedad de las personas queridas que no han de volver á encontrar ya sobre la tierra.

El Catolicismo, con sus prácticas piadosas y las severas ceremonias propias de su culto, llena en ese dia, poéticamente llamado de la *Commemoracion de los difuntos*, los templos y los cementerios de una mu-



BATERIA DE LOS HEROICOS DEFENSORES DE BEJAR Y COMO ESTABAN COLOCADOS DURANTE EL COMBATE, SACADA DE FOTOGRAFIA.

chedumbre que sólo la idea de la muerte puede hacer pensar seriamente en la vida. Las bóvedas del santuario resuenan con los graves acentos del *Venite, adoremus*, los lamentos de las lecciones de Job, ó los sombríos terrores del *Dies iræ*. Los confesionarios están ocupados siempre, y cercados los altares de toda clase de personas, mas inspiradas quizá por el miedo

que por el remordimiento, y que creen comprar con un día de dolor y de austeridades el derecho de pasar todo un año sin Dios, sin religion y sin ley.

La fe sencilla del campesino, la creencia racional del filósofo, las insustanciales dudas del hombre de mundo, la devoción de la beata, el místico sentimiento del poeta y el artista, la piedad vanidosa de la mujer

elegante, parecen en ese día como que se identifican en cierto modo, tomando un tinte comun que los aproxima: el tinte de la sinceridad. Dios y la otra vida, el recuerdo de los que amamos, nuestra conducta y nuestros deberes, son cosas capaces de santificar un momento al corazón mas envilecido.

Pronto pasa la impresion, y el oleaje de las pasiones vuelve á cubrir hast otro año la pureza y desnudez con que nos hemos contemplado en la conciencia algunas horas.

G. H.



AMSTERDAM.

AMSTERDAM.

En los momentos en que la libertad de la religion y los cultos parece definitivamente conquistada, todos comprenden el vuelo que nuestra industria recibirá cuando á su amparo vengan á nuestro suelo capitalistas extranjeros, muchos de ellos retraidos hasta hoy por la pasada intolerancia religiosa.

Entre los grandes centros comerciales donde tan maltratados hemos sido y en cuyas bolsas tan tristemente figuraba nuestro nombre, era Amsterdam uno de los que mas encarnizadamente nos perseguian. Los treinta mil israelitas que habitan en el barrio judío, y que desde sus tenduchos lóbregos y mugrientos, y desde sus calles, donde la inmundicia de todas clases hace necesario á cada paso buscar apoyo en el baston, rigen uno de los primeros mercados del dinero y dan al mundo esas dinastías de re-

yes sin corona, ante quienes con harta frecuencia se prosternan los que la llevan.

Fuera de este barrio, la población de Amsterdam es sumamente aseada y justifica la reputación de limpieza sin igual de las ciudades holandesas. Sus casas relucen, sus calles parecen siempre recién empedradas y las aceras se lavan incesantemente.

Amsterdam tiene doscientos mil habitantes; y posee un magnífico jardín zoológico, numerosos círculos, casinos y teatros, notabilísimos museos de pinturas, públicos y privados, y muchos edificios y monumentos de mérito.

J. H.

LOS SUCESOS DE BEJAR.

El nombre del desgraciado pueblo que tanto ha sufrido en los últimos acontecimientos revolucionarios no resuena en nuestros oídos con el eco glorioso de los de Cádiz y Sevilla, ni glorioso y triste de Santander y Alicante; sino que trae á la mente el horrible recuerdo de bárbaros atentados allí sólo cometidos, y sobre los cuales, el honor de la veracidad de aquella Junta y de la moralidad y dignidad de las tropas que allí combatieron, exige una información imparcial y elevada, hoy todavía imposible. De todos modos, si bien el coronel Navarro y otros militares niegan haber tenido participación en las infamias que la Junta provisional de Béjar ha denunciado al país, todos ellos excusan hablar del brigadier Nanetti, sobre el cual, mas ó menos directamente, hacen pesar exclusivamente, no sólo la responsabilidad sino aun la ejecución de hechos que nadie hasta ahora ha desmentido de un modo terminante.

El grabado inserto en este número representa la vista de una de las barricadas que con tan terrible denuedo defendieron los bejaranos. En este cuadro, tomado de fotografía, figuran muchos de aquellos heroicos ciudadanos, y el célebre cañon de que tanta mención han hecho los diarios. No necesitábamos esta nueva y dolorosa prueba de que el valor militar del soldado español consiste en su cualidad de español, no en la de soldado. Ojalá sea la última vez que en nuestro suelo se den esos combates fratricidas, cuyo sangriento recuerdo seria el eterno remordimiento de los miserables que los han provocado, si en ellos la pasión del poder y la codicia del dinero hubiese dejado algun lugar al sentimiento de la humanidad, del honor y de la patria.

N.

LA REVOLUCION.

I.

Yo tengo un amigo militar, casado, bueno y patriota hasta la abnegación y el martirio. Padece bajo el poder de Narvaez, que le dió la absoluta; ha sido emigrado é internado; resucitó á la vida hace unos dias, entre los presos del cuartel de San Francisco; subió á un empleo, y está sentado, durante las horas de oficina, en el Ministerio de la Guerra.

Su política se resume en esta frase:

O Prim, ó la muerte.

Pues bueno, la noche del día en que Prim llegó á Madrid, estuve yo en casa de mi amigo. Este estaba ausente, y me recibió su señora; la cual, despues de saludarnos, me preguntó:

—¿Ha visto usted la entrada de Prim?

—Sí señora.

—¿Y qué tal?

—Magnífica; un recibimiento entusiasta.

—Por parte del populacho.

—Por parte de todo el mundo.

—Menos las señoras.

—Las señoras le saludaban desde los balcones con los pañuelos.

—¡Valientes señoras estarán!

Este diálogo, y la siguiente frase, referente á los caballos de las caballerizas ex-reales:

«¡Pobres animales, sin su reina!» revelan mejor que yo pudiera hacerlo, el carácter, tendencias y opiniones políticas de la señora de mi amigo.

Sin embargo, éste y aquella, se quieren entrañablemente: su interior es todo lo dichoso posible, y este comercio feliz, no obstante sus diferencias, me prueba que la reciente revolución española, puede ser una verdad, y que en ella pueden vivir en amigable consorcio, partidos hasta la presente separados por hondos abismos políticos.

Dias pasados me encontré con un escritor de amena literatura, que se ha entrometido á político, y que llevaba un artículo de fondo, del cual me leyó el siguiente párrafo:

«El ideal moderno tiene su tipo en el arte y su medio en la ciencia. Con el auxilio de la ciencia se reali-

zará esa vision augusta de los poetas: la belleza social. Se reconstruirá el Eden con A + B. Al punto á que ha llegado la civilización, lo exacto es un elemento necesario de lo espléndido, y el órgano científico, no solo sirve, sino que completa el sentimiento artístico. La fantasía debe calcular. El arte, que es quien conquista, debe tener por punto de apoyo la ciencia, que es quien marcha. La solidez de la montura importa: el espíritu moderno es el genio de la Grecia con el genio de la India por vehículo: Alejandro sobre el elefante. Las razas petrificadas en el dogma, ó desmoralizadas por el lucro, son impropias para dirigir la civilización. La genuflexion ante el ídolo ó ante la moneda de cinco duros, atrofia el músculo que anda y la voluntad que va. La absorcion hierática ó comercial, aminora el radio de un pueblo, baja su horizonte al bajar su nivel, y le retira el conocimiento, á la vez humano y divino, del fin universal.»

Este párrafo que, sea dicho de paso, ignoro de dónde estará tomado y entre cuyas oscuridades, vislumbro algunas ráfagas de luz, me hizo creer en que la revolución española debe ser provechosa, porque en épocas como la actual, las ideas buenas ó malas, originales ó plagiadas, chocan, y del choque resulta la fosforescencia y la luz.

II.

No obstante, creo ver nubarrones en el risueño horizonte de la patria.

Estas nubes son los cesantes y los pretendientes. ¡Como pululan, hablan, bullen, predicen, bendicen y maldicen! Al oírlos y observarlos, recuerdo un día en que en mi casa, el aguador limpió la tinaja del agua: aquel día la tersa superficie del líquido, se llenó de larvas, serpientes, culebrillas y anfisibenas.

Los cesantes dicen:

«La materia existe, y el minuto y los intereses y el estómago existen asimismo; pero no se deben oír los consejos del estómago como los únicos sabios.

La vida momentánea tiene su derecho; concedido; pero la vida permanente tiene tambien el suyo. ¡Ah! el haber subido no impide caer. ¡Dislocación!

Los pretendientes que tienen fundadas esperanzas de empleo, y los que están ya empleados, exclaman: «Topete es un santo, Serrano un caballero, Rivero un abnegado, Prim un paladin y Olózaga un paladion. ¡Aleluya!»

La mayor parte de todo esto consiste en que España tiene un punto de semejanza con la antigua India oriental.

III.

En la India oriental existia y aun existe en tradición, una divinidad terrible, llamada la diosa Dhera.

Esta diosa exigia iguales adoraciones y mayores pruebas que el mismo Brahma. Sus devotos debian pensar únicamente en ella, y cuando salia en procesion dejarse triturar por las ruedas de su carro.

En la India, los ingleses han derrocado el imperio de esta divinidad; pero en España ayudan á fomentar el culto de otra.

Porque ¿quién que sea español no tiene ingleses?

La diosa española se llama *Mensualidad*.

Hacia ella se elevan todas las manos, y se vuelven todos los corazones, ella domina omnipotentemente; es el punto de afinidad que une todos los pensamientos y todas las conciencias: la única soberana que no puede ser destronada.

Los halagados por sus favores, los heridos de sus desdenes, los alentados por sus esperanzas, y hasta los inválidos por sus caricias, todos tienen en los labios la misma frase:

¡Qué hermosa es!

Todo español tiene su Dulcinea, que es la *Mensualidad*, y una época memorable: el último día del mes.

Ahora bien, como toda divinidad, cuenta con muchos *llamados* y pocos *escogidos*, por eso he dicho que veo nubarrones en el cielo de la patria.

¿Saldrá el sol para siempre? ¿se aclarará la atmósfera para nunca volverse á oscurecer? ¿acabaremos de mandar al otro lado de las fronteras, muestras de moderados, carlistas, neos, unionistas, progresistas, demócratas, y hasta de reyes, que desacrediten el género español un tanto averiado?

¿Dejaremos los españoles de repetir en coro la siguiente frase, parecida á un dístico latino?

¡Cuán dulce es cobrar por la patria!

Ojalá.

IV.

En cuanto á mí, átomo humilde del *gran todo*, desde el rincón de mi cesantía perpétua, saludo con entusiasmo los albores de la Revolución que se inicia, pues por lo menos ésta ha dado ya un resultado útil, palmario, incuestionable, grato á la Academia, á la gramática y al sentido comun.

Algunos escritores *amenos*, han ingresado ya en el presupuesto, trasformándose en ruedas de la máquina del Estado, y como atendiendo á la influencia del cli-

ma meridional, y á los enervantes halagos de la *Mensualidad*, es de esperar que se limiten á girar en la nueva esfera á que han ascendido, sin pacer, descarra, me congratulo en lo íntimo de mi alma; pues para escribir de *pacotilla* quedamos aun muchos, que alimenteremos el fuego sagrado, dejando bien puesto el pabellon.

J. MORENO Y GODINO.

LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD (1).

Odiosa esclavitud, pronto en la tierra
serás tan sólo un nombre:
la libertad te declaró la guerra
y te maldijo el hombre.

Desterrada del mundo y maldecida,
en un rincón te ocultas,
y desde allí, soberbia aunque vencida,
á la justicia insultas.

Hoy el látigo iremos á quitarte
de las inícuas manos,
y tus presas iremos á arrancarte
pues son nuestros hermanos.

Hermanos, sí, pues llevan en la frente
la humana inteligencia,
hermanos, sí, porque su pecho siente
la voz de la conciencia.

Hermanos, sí, que aunque su tez oscura
fue por el sol quemada,
no pudo el sol quitarles la blancura
del alma immaculada.

Hermanos son, pues aman y padecen,
y suspiran y lloran,
y á racionales leyes obedecen,
y tienen fé, y adoran.

Si hoy retuercen con furia sus cadenas
y sacuden sus hierros,
es porque los cazaron como á hienas
y ataron como á perros.

Si á un rebaño de brutos se parece
la esclava muchedumbre,
es porque nada humilla ni embrutece
como la servidumbre.

Vosotros, del esclavo redentores,
que con amor profundo
proclamais, generosos luchadores,
la libertad del mundo,

No consentais que indignos mercaderes,
con avaricia insana,

acrezcan su fortuna y sus placeres
vendiendo carne humana.

Que no mancille mas la humana honra
ese tráfico alevé
que es el horror, escándalo y deshonor
del siglo diez y nueve.

¿No se deja al león majestuoso
señor de su desierto?
¿Y no se deja en libertad al oso
allá en el polo yerto?

(1) Leídos con extraordinario éxito en la última reunion abolicionista.
(N. del editor.)

Pues si el negro infeliz de sér humano
ha merecido el nombre,
¿quién pretende arrancarle de la mano
sus libertades de hombre?

Si de salvaje fuesen sus instintos,
sus reinos naturales
son del bosque los verdes laberintos,
los yermos arenales.

Dejadle allí vivir á la inclemencia
de la abrasada zona;
mas quiere allí su santa independencia
que la mejor corona.

Mas quiere ser salvaje en los desiertos
que siervo en las ciudades:
allí los horizontes dan, abiertos,
inmensas soledades.

No le exprimen allí, con los sudores,
la vida gota á gota,
enriqueciendo, en bárbaras labores,
al mismo que le azota.

Blancos, ¿quereis al negro cuasi bruto
ver redimido al cabo?
llevadle del saber el santo fruto,
mas no le hagais esclavo.

Blancos, si al negro de inferior linaje
envilecerle os plugo,
menos deshonra es ser negro y salvaje
que ser blanco y verdugo.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

Madrid 23 de octubre de 1868.

EN EL ALBUM DE UNA MUERTA.

ARMONÍA FÚNEBRE.

En una humilde estancia,
Donde una luz iluminaba apenas
El imponente cuadro
Del postrero suspiro de una enferma,
Hallábame una noche,
Mudo testigo de la gran escena,
Con que Dios al humano,
Fijó inflexible del vivir la meta.
La juventud dichosa,
Quedara en necias saturnales ébria;
O acaso en la distancia,
Moria el eco que las voces lleva,
Pues tan sólo se oía
Misterioso el reló, como el jalerta!
Que en las sombrías noches,
A intervalos despide el centinela,
Y al péndulo, que marca
Implacable del tiempo la carrera,
Cual otro moribundo,
Ayes lanzando en agonía lenta.
La imagen de la Virgen
Daba á la estancia gravedad austera,
Como madre amorosa
Que nunca al hijo en los peligros deja;
Y ténue palomilla
En torno revolando de una vela,
Sus formas aumentaba
En la pared, con vaguedad siniestra,
Como alma evocada
Para asistir á la mortal tragedia,
Acaso de una hermana,
Acaso de una antigua compañera.
En el mullido lecho,
Nido de amor y cándida inocencia,
Donde acaso soñara
Brillante y rica su ilusion primera,
Al amado aguardaba,
De juventud radiante y de belleza,
La enamorada niña,
Al aire dando apasionadas quejas.
Y llegó hasta mi pecho
Un ambiente de gloria y de grandeza,
Porque allí Dios estaba,
Sublime, envuelto en majestad inmensa.
Con amoroso acento
Dios le decía entonces á la bella:

«Pues que tanto me quieres,
»Yo te daré la bienandanza eterna;
»Te llevaré á mi gloria
»Do vivirás entre las almas buenas;
»En ese triste mundo,
Todo es mentira, vanidad, miseria.
»Pero deja ese traje,
»Que el del alma es mas propio de la fiesta;
»En regalo de boda,
»Le daremos al mundo la materia»...
Y á Dios se dirigian
Las ardientes miradas de la enferma,
Diciendo entre suspiros:
¡Ya toda vuestra soy, ya toda vuestra!
Su voz era suave
Como el aura feliz de primavera,
Y la dicha su rostro
De rosas matizaba y de verbena.
Y en sus párpados luego
Pura y brillante despuntó una perla,
Dejando en sus megillas
Como entre flores diamantinas huellas.
Recuerdo de los seres
Que en soledad dejaba acá en la tierra;
Símbolo de la vida,
Que acaba en llanto, pues con llanto empieza.
¡Adios! dijo la madre,
Besando el labio que su dicha hiciera,
¡Adios, adios! decía,
Con voz, la hermosa, balbuciente y trémula;
Y arrojando un suspiro,
¡Adios! repuso, pero ruega, espera...
Y el aire murmuraba,
¡Madre, bendita para siempre seas!
A los cielos subian
Los esposos en rápida carrera,
Con vívidos fulgores,
La luna en pos dejando y las estrellas
Y en la fúnebre estancia,
Sin dar señales de vivir apenas,
Inmóviles estatuas
Cual mármol frias, silenciosas, yertas.
Una mujer ¡la triste!
Fija en el cielo su mirada intensa,
Rizaba entre sus dedos
Del cadáver la rubia cabellera,
Y en abstraccion profunda
Luchando entre recuerdos el poeta,
Por otro ser querido,
Mudo, temblaba ante una tumba abierta.
Respiraba mi alma
Un sublime perfume de pureza;
A su influjo, sentia
Moverse entre agujijones mi conciencia.
Y lancéme á la calle,
Confuso, divagando entre tinieblas;
Terrible Norte helado
Silbaba acusador en mi cabeza.
Y nunca me perdía
La mirada de Dios, altiva, inmensa;
Del vértigo llevado,
Yo siempre huía en direccion incierta,
Hasta que la campana
Llamó á la misa en la vecina iglesia...
Al fin, ya de rodillas,
Bendije la Divina Omnipotencia!

Diciembre, 1867.

PEDRO ANTONIO VENTALLÓ.

LA AGONIA DE CLEOPATRA.

POR LA NOCHE.

LA ORGIA REAL.

XVII.

El estruendo marcial estallaba entonces en el alcázar con mayor estrépito, y oíase ya la soldadesca, cuya gritería hacia retemblar la fábrica de aquel antro maravilloso que parecía desplomarse á impulso de un terremoto.

Antonio, en cuyo semblante pudieran leerse los varios afectos que imprime la desesperacion en su mas alto grado, entregó á su confidente la espada dirigiéndole una mirada de esas que no admiten réplica.

Eros comprendió el mandato en todo su terrible sentido, tomó el acero y bajando la vista, rompió en llanto.

—¡Ea, ánimo, gritó Marco Antonio, no perdamos tiempo, amigo!

Eros, por toda respuesta, buscó un falsete bajo una escama de la coraza sobre el vientre, y apoyando allí la punta de la espada, dejóse caer violentamente, traspasándose de parte á parte.

Antonio se sintió visiblemente conmovido: no podia en verdad esperar tal prueba de cariño por parte de su fiel servidor que acababa de sellar su adhesión con el propio sacrificio de su vida.

Los ojos del tribuno secos, petrificados hasta entonces, vertieron lágrimas de ternura, y el hombre de bronce sintió fundirse el corazón en el fuego de su dolor intenso. Sostuvo en su caída el cuerpo de su amigo, le ayudó á tenderse para morir sobre el mosaico del pavimento y le besó en la frente.

Luego, como avergonzado por su vacilación, exhalando en una mirada suprema toda la efusión de su alma grande, toda la cólera, todo el odio recóndito que inflamara su corazón en aquel momento crítico y toda la sensibilidad en fin de su espíritu, erraron sus pupilas desde el cuerpo espirante de Eros al de Cleopatra que tenia junto á sí, y en un arranque de valor salvaje.

—¡Esperad! exclamó, esperad que aproveche el sublime ejemplo que me habeis dado.

Y arrebatando al movimiento su espada, dejóse caer sobre ella y sobre el lecho funeral de la reina, vertiendo un raudal de sangre y acariciando en su agonía á entrambos niños.

EPILOGO.

A la salida del sol, Octavio verificaba su triunfal entrada en la ciudad de Alejandro, al frente de su numeroso ejército y precedido de las águilas romanas.

El palacio de los Ptolomeos, abierto de par en par, ofrecía el triste espectáculo de la desolación y del infortunio.

La población en masa, reunida en la gran plaza de las Esfinges, frente al alcázar, y rodeada de tropas vencedoras, esperaba suplicante el fallo de su propio destino.

La servidumbre corría desalentada, pidiendo en vano un asilo á aquellas piezas solitarias, cuyo silencio parecía responder mudo é insensible á sus súplicas, devolviendo eco por eco sus lastimeras quejas.

En su angustioso vértigo invocaban la protección de todos los Dioses, formulaban votos y plegarias, abrazándose á las estatuas, á los plintos de las columnas, y á las aras de mármol, rasgando sus túnicas y destrenzando el cabello las cortesanas de la impura reina; pero todo ensordecía ante aquella atrición tan acerba, oprimida por la maldición de los hados en aquel día nefasto.

Mientras tanto, el victorioso Octavio, asomado á una ventana del alcázar, sobre el antepecho, conversaba con sus generales Cornelio Dolabela, Lucio, Proculeyo y Galo y con el filósofo alejandrino Areo, contemplando, ébrio de satisfacción y orgullo, el inmenso pueblo postrado ante su voluntad soberana.

Todos temblaban por la suerte de aquella multitud rendida, y en vano hubo quien tratara de adivinar en la impasible serenidad del príncipe el más leve signo de cólera ó de clemencia.

Areo, prevalido del favor que le dispensaba Octavio y arrojando toda la gravedad de la situación, se atrevió al fin á dirigirle la palabra.

—Ha llegado el caso, ¡oh César! dijo, de que tu palabra sea un hecho.

—Habla, sabio, repuso el triumviro, estrechando la mano al filósofo, di, ¿qué deseas? Nada puedo negarte en este día.

—Quiero el perdón del pueblo y de las tropas.

—Concedido, con tal de que reserve á mi voluntad el destino de Antonio y de Cleopatra.

Areo no insistió, porque estaba enterado de la suerte de ambos.

—Pero, no es eso todo, continuó aquel, habrán huido ellos, y necesito sus personas ó sus cadáveres. Tú te encargarás de proporcionarme una cosa ú otra.

—No han huido; entraron en palacio y no han salido.

—¿Estás seguro de ello? preguntó Octavio, con una alegría feroz; ¿me respondes de que no huyeron?

—Sí, repuso el filósofo, y vas á salir de dudas.

Hízose seguir del joven César con sus generales, y abandonaron aquel sitio sin resolver la ansiedad de aquel pobre pueblo transido de terror, de incertidumbre y de angustia.

Un momento despues, guiados por un anciano sacerdote de Eleusis, penetraban todos en la cámara sepulcral donde ocurrió la catástrofe.

El sacerdote se detuvo en el pórtico, devorado ya por el fuego, y allí, apoyado sobre una pilastra permaneció inmóvil como una estatua.

La luz del día, penetrando por la especie de linterna oblicua que ocupaba el punto céntrico de la techumbre del monumento y por la cual escapaba todavía una columna de humo que vacilaba en los aires, hacia palidecer las lámparas que rodeaban la fúnebre gradería.

Aspirábase todavía un grato perfume, y á la densidad de la noche reemplazaba ahora una dudosa claridad que imponía.

El filósofo precedía siempre á Octavio en el ingreso de aquella mansión de la muerte.

Los militares latinos quedaron también, como el sacerdote, en el pórtico, separados de éste por una prudente distancia.

El primer objeto que se ofreció á la vista, fue el cadáver ensangrentado de Eros.

Octavio resbaló en la sangre de aquel desgraciado, y apartó instintivamente la vista, todo conmovido.

Aquel hombre había militado bajo sus órdenes, y todavía conservaba mas de un recuerdo de su fidelidad y valor.

Despojóse, pues, de las sandalias empapadas en sangre, y las mandó entregar á uno de sus compañeros.

Descalzo y rehusando admitir el coturno que le ofreciera el filósofo, el joven príncipe, por respeto al sagrado del sitio que hollaba, santificado por el honor y por la muerte, siguióle hasta la cumbre del tálamo funeral.

Detuviéronse allí estupefactos, poseidos de un asombro indecible.

Areo alzó un extremo del manto régio convertido fatalmente en sudario, y el cadáver de Marco Antonio, líbrido, palpitante aun y alterado por la agonía, apareció abrazado con el de Cleopatra, en cuyo semblante vagaba una provocadora sonrisa.

Un reguero de sangre fluía del vientre del triumviro y manchó tambien la clámide de Octavio, cuya frente palideció de terror.

Cesarion y Ptolomeo yacian profundamente aletargados.

El príncipe permaneció un momento estático, petrificado por el asombro: todo su poderio quedaba humillado ante el cuadro imponente que veía.

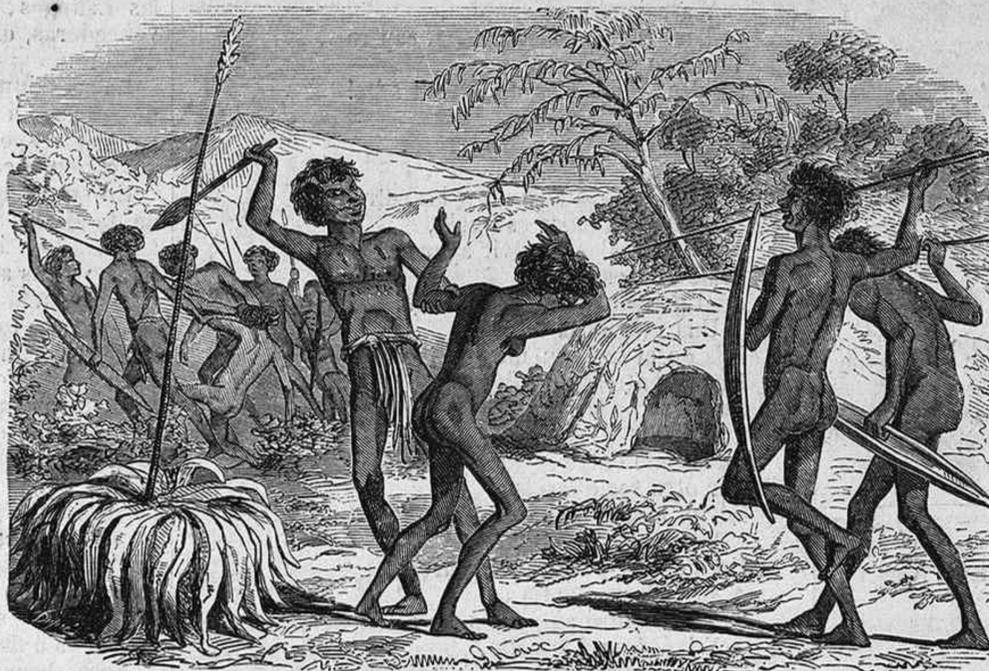
—¡Oh! exclamó en un arranque involuntario de sentimiento, he aquí una familia de héroes que el universo y los siglos admirarán siempre. ¡La victoria no es una en este día aciago, el mas desgraciado y humillante de mi vida, este día en que todo aquí, menos yo, es grande y sublime!

Un suspiro ahogó su voz, que enmudeció por un instante: precipitose sobre aquellos inanimados restos, los estrechó con efusión, y durante un largo intervalo dice la historia que lloró aquel hombre, el mas afortunado del orbe entónces.

Luego se separó del lecho y tomando sucesivamente



CEREMONIAS NUPCIALES EN JAVA.



CEREMONIAS NUPCIALES EN NUEVA GALES DEL SUR.

en sus brazos á Cesarion y á Ptolomeo todavía narcotizados, los entregó á sus generales, que observaban conmovidos tan tierna escena.

—Esto nos resta, dijo, besando en la frente á entrambos niños al tiempo de entregarlos: salvémosles si es posible y los Dioses y el arte nos les conceden: ¡yo os juro, hermosas criaturas, que seré vuestro segundo padre en la tierra!

En su lugar dejamos ya dicho que la mujer encargada de administrar el veneno á los príncipes y que parece debiera haber sido su misma nodriza, cuidó de sustituir á la ponzoña el narcótico.

Octavio recompensó luego largamente este noble rasgo de humanidad.

La historia ha registrado tambien el nombre de esta dama romana. Llamábase Flavia Alejandrina.

Cuando hubieron salido de aquella mansion siniestra, era ya muy entrado el dia.

Cerníase el sol radiante y majestuoso en un cielo azulado.

Las brisas marítimas rizaban las aguas, bordando la plaza de un perfil de espuma.

Octavio y los suyos subieron á la tribuna régia ricamente decorada de preciosos paños, y cuya doble escalinata de mármol aparecía cubierta de flores, ofreciendo un golpe de vista pintoresco.

La multitud permanecía aun postrada en la gran plaza monumental de las Esfinges, donde apenas resonaba un sollozo ahogado en medio de un silencio pavoroso y triste.

Hasta el aliento mismo parecia suspenso de la voluntad del poderoso príncipe, en cuya fisonomía aparentemente tranquila y magestuosa, se concentraban con febril ansiedad todas las miradas.

Octavio, en cuya frente parecia brillar un signo divino, estendió horizontalmente el brazo sobre el gentío.

Su actitud era imponente, grave y soberana: su hermosa figura se destacaba como un

ángel columpiado en los aires, y en todo aquel ser favorecido por la naturaleza y por la suerte, parecia entreverse una transfiguración sublime.

—¡Alejandria! dijo con una voz pausada, regocijante y alienta; yo te perdono en nombre del gran Alejandro, tu fundador y soberano, en el de tu gloria y belleza y en el del filósofo Aro, tu hijo, cuya amistad me es tan cara. Perdonar es amar, y yo, al restituirte mi gracia, te amo tambien y te perdono: es preciso que obrando así, brille mi clemencia en la memoria de este gran dia.

A las palabras del César respondió un clamoreo inmenso, una verdadera tempestad de aclamaciones.

Octavio, profundamente conmovido, descendió de un salto de la galería de mármol, confundiendo con los suyos en medio del inmenso pueblo delirante y frenético.

Al punto decretó que se hicieran con la mayor pompa los honores fúnebres á Antonio y Cleopatra, lo cual se verificó en aquella misma noche hácia la tercera vigilia presidiendo él mismo la ceremonia.

Quemáronse sus cuerpos envueltos en sábanas de amianto, y sus cenizas fueron colocadas en magníficos vasos etruscos, verdaderas preciosidades artísticas.

Mandó tambien que se sacrificara á los Dioses y á la fortuna viril, de Roma, por el supremo triunfo que obtuvieron sus armas siempre victoriosas, y que á costa de aquella gran tragedia, debían colocar en sus manos el cetro del universo entero.

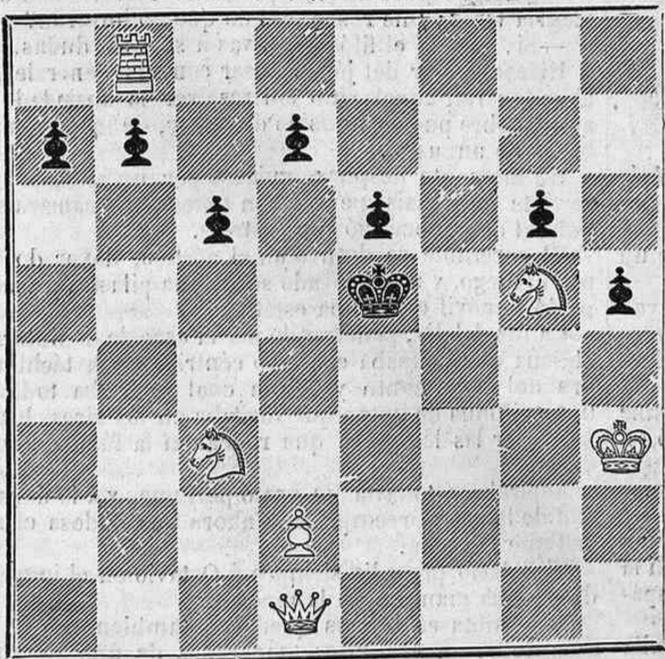
JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 113.

POR M. ZAMORA (ALMERÍA).

NEGROS.



BLANCOS

LOS BLANCOS DAN MATE EN CUATRO JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 114.

Blancos.

Negros.

- 1.^a D7TD
- 2.^a T1C.
- 3.^a C5CR
- 4.^a C6R jaq. mate.

- 1.^a C4R(A)(B)
- 2.^a P1T
- 3.^a D1D6T8AR(1)

(1)

- 3.^a C5AR jaq. mate.
- 4.^a C5AR jaq. mate.

- 5.^a P1D6TcR

(A)

- 1.^a C8D
- 2.^a C6R jaq. mate.

- 1.^a T1T
- 2.^a D1D6C2R(2)

(2)

- 3.^a C6AD jaq. mate.

- 2.^a C1P4AR6T4R

(B)

- 1.^a C5CR
- 2.^a C5AR66R jaq. mate.

- 1.^a P4AR
- 2.^a Libre.

SOLUCIONES EXACTAS.

Señores G. Dominguez, B. Ramirez, J. Rex, M. Martinez, M. Rivera, J. Luxan, S. Gareia, A. Rodriguez, S. Luna, de Madrid.—A. Galvez, de Sevilla.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

La caridad es la llave que abre las puertas del cielo.

IMPRESA DE GASPARY ROIG, EDITORES.

CALLE DEL PRINCIPE, NUM. 4.